

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 49

Chiquilín artista
de circo



25 CÉNTS.

Protagonista:
Jackie Coogan

Revista Semanal

Chiquilín artista de circo

Argumento, en forma de novela, de la película
así titulada. Concesionario, Enrique Piñol:
Rambla de Cataluña, 63.

PROTAGONISTA: JACKIE COOGAN

I

En la hacienda «Vista alegre», situada en uno de los más apacibles valles americanos, vivía el matrimonio Colby, avaros ambos, aunque mucho más brutalmente el marido que la mujer. El se llamaba León; ella Marta. Consumidos por su pasión de amontonar ahorros, estaban escuálidos, amarillos, con visibles señales de no comer lo suficiente.

Marta había recogido en la hacienda a una hermana suya, llamada Clara, que había quedado viuda con un niño, el pequeño Chiquilín, protagonista de esta historia. Cuando les vemos por vez primera, recogidos por Marta, Chiquilín tenía ocho años.

La madre de Chiquilín, en la hacienda, cosa natural dado cómo eran su hermana y su cuñado,

era tratada, más que como una persona de la familia, como una criada. Como una criada, en efecto, trabajaba, era reñida y comía poco y malo, peor aun que lo poco y malo que sus parientes, por hábito, comían.

No obstante, su cuñado no estaba contento de ella y siempre protestaba, ante su mujer, de que la hubiesen recogido. Protestaba con cualquier motivo, a veces sin causa ninguna, pero, en general, aprovechando cualquier acto de Clara que le desagrada, aunque, en verdad, aquél acto fuese sencillo e inofensivo.

Así, un día que, al volver él del campo la encontró cogiendo flores en el pequeño jardín que había junto a la hacienda, cosa, en una mujer, naturalísima, entró en la casa con gesto hurano y dijo a su mujer:

—Tu hermanita pierde el tiempo cogiendo flores, Bien podía hacer cosas más útiles.

Marta miró a su marido extrañada pero sin ánimos para salir en defensa de su hermana.

León añadió:

—Es preciso que ella y su muñeco trabajen. De lo contrario, será preciso sacarles un billete para un pueblo que esté bastante lejos.

Como su mujer no le contestara, León, alto y seco y antipático, dirigió una mirada inquisitiva a todo cuanto le rodeaba y salió de la estancia sin decir nada más, pero haciendo gestos bastante significativos de lo que le molestaba la presencia, en la hacienda, de su cuñada y del pequeño Chiquilín, no tanto porque estaban allí, cuanto por los gastos que ocasionaban, es decir, que él suponía que ocasionaban. Porque León suponía que valía algo lo que aquellas dos criaturas comían.

Cuando Clara volvió a la casa con las flores

que había cogido, su hermana, llevándola a una estancia apartada, con visibles muestras de indecisión, le dijo:

—Me cuesta mucho trabajo decírtelo, hermana; pero no tengo más remedio que hacerlo: León no está contento de vosotros. Dice que no ganáis el pan que aquí coméis.

Clara no supo qué responder. Bajó la cabeza avergonzada, rehuyendo la mirada de su hermana, pronta a irrumpir en llanto de tristeza, de amargura. Se veía humillada, despreciada, maltratada, hambrienta, trabajando más de lo que podía y con reproches aun de que no trabajaba bastante, de que no ganaba el escaso pan que ella y su hijo comían. ¿Qué responder a tamaña injusticia? Si hubiese sido sola, el mismo día que llegó habría abandonado la casa de sus parientes. Pero como tenía un hijo, no se atrevía a dar un paso, vivía acobardada, temiendo qué su rebelión pudiera ser causa de fatigas y de hambres para la criatura amada de modo efusivo y verdaderamente filial.

Entre tanto, Chiquilín, ajeno a los sinsabores de su madrecita, se entregaba, con otros chicos, a los divertimientos propios de su edad. Es decir, a correr por los campos, a coger nidos, a pescar con caña, a tirar piedras a los perros y a subirse en los burros que, pensativos, comían la hierba de los prados.

Aquel mismo día, cuando regresaba a la hacienda, con otros chicos de haciendas vecinas, al pasar por el pueblo cercano—las haciendas estaban en las afueras del pueblo—alguno de ellos habló de que estaba por llegar una gran compañía de circo, diversión estimadísima por los niños. Otro muchacho agregó que había oido decir que débu-

taban aquella misma noche. Discutieron; gritaron; no podían ponerse de acuerdo.

—Aquella señora—dijo el que había asegurado que la compañía de circo debutaba aquella noche, señalando a una mujer que pasaba no muy lejos—podrá convencernos de lo que os digo. Ya veréis cómo es verdad lo que he dicho. La compañía de circo empieza sus funciones esta noche.

No tuvieron que preguntar a la señora. Como salían del pueblo, vieron, en una pared, el anuncio sugestionador que decía: «Gran circo ecuestre. Ochenta afamados artistas de ambos sexos. Auténticas fieras del desierto.»

Los niños, todos, comenzaron a saltar y a gritar, contentos y alborozados.

Momentos después, yendo hacia la casa de su tío, con dos amigos que vivían cerca, Chiquilín les dijo:

—Es preciso proporcionarnos los medios de asistir al espectáculo y el dinero no se gana nada más que trabajando. Tendremos, pues, que trabajar. Se me ocurre una idea. Vamos a que mi tío se convenza de que somos hombres de provecho. Haremos algo útil en su hacienda. Quizá de este modo consigamos algún dinero.

Llegados a la hacienda y dirigidos por Chiquilín, los dos arrapiezos y él mismo se pusieron a trabajar, junto a la puerta, unos barriendo y otros lavando con agua las paredes, decididos a ganarse la entrada del circo con el sudor de sus frentes.

Cuando se hallaban más enfrascados en su tarea, salió León de la casa y, al verlos, exclamó:

—Muy bien. Estoy satisfecho de vuestra actividad.

—Queremos ir al circo—contestó Chiquilín,

creyendo que con esta alusión era suficiente para que su tío comprendiera.

Claro es que comprendió, pero como si no hubiera comprendido. El no daba ni un céntimo. Contestó, pues, a su sobrino:

—Por mi parte, podéis ir... si encontráis quien os dé dinero para ello.

Los dos amigos de Chiquilín se alejaron malhumorados y éste miró con odio a su tío y entró, sin decir palabra, en la casa.

Poco después supo que la compañía no debutaría hasta el día siguiente y esto le tranquilizó un poco: contaba con todo un día para agenciarse el dinero para la entrada.

Y llegó la noche. Y mientras los Colby reposaban de las faenas del día, Chiquilín y su madre, en la cocina, fregaban y enjugaban la vajilla. Cuando no tenía nada que hacer para ayudar a su madre, Chiquilín, provisto de un trapo, se esforzaba en limpiarse los zapatos.

Su madre, que le vió, le dijo:

—No ensucies inútilmente el trapo, Chiquilín. Los agujeros de tus zapatos no se taparán por mucho que los limpies.

—Es verdad!—repuso Chiquilín con voz apagada por la tristeza.

Mientras, León decía a su mujer:

—Yo siento mucho repetírtelo, mujer. Pero tu hermana y su muñeco son una carga demasiado pesada para nosotros.

En esto, se oyó el ruido de un plato que se rompía en la cocina. Se le había caído, en un descuido, a Clara. Chiquilín dijo:

—Como lo haya oído el tío, buena se va a armar ahora, mamaíta.

En efecto, lo había oído el tío. Y entró en la

cocina como una fiera, gritando desaforadamente. Chiquilín, al verle llegar de aquel modo, temiendo por su madre, a la que León se dirigía como un energúmeno, exclamó:

—No fué ella. Fui yo quien lo rompió.

Clara miró a su hijo con una mirada de amor infinito. León se dirigió a él, lo cogió con sus manazas rudas y duras y comenzó a darle azotes, los cuales, más que a él, dolían a su infeliz madre. Al fin, Chiquilín logró desprenderse de las garras de su tío y huyó hacia los altos de la casa, por unas escaleras. Al pasar por junto a su madre, le dijo:

—No te preocupes, mamá. Apenas me ha hecho daño.

Poco después, desde lo alto de la escalera, preguntó:

—¿Se ha ido ya la fiera?

Como su madre le contestara que sí, bajó y, abrazándola, dijo:

—Es intolerable, mamaíta, la manera cómo aquí nos tratan. Será preciso que yo me preocupe seriamente de nuestro porvenir.

Clara, mirándole a los ojos, claros infantiles ojos de niño, le pagó con miles de besos aquellas palabras consoladoras.

En tanto, León decía a su esposa:

—Acabarán por arruinarnos. No se contentan con la comida, sino que, además, rompen los platos.

Al día siguiente, convencido de que su tío no le facilitaría nunca los medios para ir al circo, Chiquilín determinó meterse a empresario y organizar un espectáculo por su cuenta. Rodeado de otros chicos, preparó un largo tablón sobre un montón de heno y dijo:

—Voy a dar un salto mortal de combinación.

Y dicho y hecho. Fué a caer al otro lado, bastante lejos, sobre el lomo de una vaca que se hallaba en el prado. La vaca, naturalmente, comenzó a correr. Con esto no contaba Chiquilín. Hubo, pues, de hacer mil esfuerzos para no caer al suelo. Y cuando iba asombrándose de aquella carrera y de su equilibrio sobre el animal que corría, ocurrió algo imprevisto: atropelló la vaca a su tío, y cayó él al suelo. En seguida, hubo de salir escapado para que su tío no se empleara en él, con furia.

Corriendo ambos, entraron en la casa. Chiquilín, echando mano de su ingenio, aguardó a su tío, a la entrada de la estancia en que aquél solía descansar, con un vaso de refresco en las manos. Y cuando llegó, le dijo:

—Vienes muy sofocado, querido tío. Toma un sorbito de refresco.

Luego, buscó las zapatillas que León solía ponerse cuando regresaba del campo y se dispuso a ponérselas, como para hacerle olvidar, con aquellas atenciones, la carrera. Pero León era un mal hombre. Y cuando se hubo bebido el refresco y se vió con las zapatillas puestas, creyó llegada la hora de castigar a Chiquilín. Mas éste, adivinando las intenciones de León, se puso, de dos saltos, en la calle, logrando esconderse en un desván del sótano, cuya pequeña puerta daba a la calle.

Su tío salió detrás de él, pero no hallándole, volvió a la casa. Cuando esto ocurrió, Chiquilín abandonó su escondite. Se quedó al lado de la puerta, indeciso, sin saber qué hacer, aunque una idea fija se había metido en su mente y le bullía en el cerebro: la idea de huir. De pronto, al mi-

rar al suelo, vió una herradura; la cogió. Aunque Chiquilín no tenía nada de gitano, aquella herradura parecía mirarle zahorí con los cuatro ojos de sus clavos. Pero, como al fin, aunque niño, él era un hombre moderno, libre de prejuicios y supersticiones, arrojó con todas sus fuerzas la herradura. Su mala fortuna hizo que aquel trozo de hierro fuese a dar contra los cristales de una vidriera de la hacienda, que se rompieron con estrépito.

El incidente y el temor a sus consecuencias, determinaron a Chiquilín a poner en ejecución la idea atrevida de huir. Decidido, emprendió su caminata hacia la emigración. A tiempo se alejó. Su tío, que se había dado cuenta de lo ocurrido en la vidriera, salió a buscarle, con la herradura en las manos y haciendo gestos brutales. Como no encontrara al pequeño, arrojó con violencia la herradura, que fué a caer casi en el mismo sitio que estaba cuando la encontró Chiquilín.

Al notar la desaparición de su hijo, la pobre madre estuvo a punto de enloquecer de dolor. Cuando ya hacía dos días que Chiquilín se había marchado, su madre fué a ver a las autoridades. Inútiles fueron todos los pasos que dieron para buscarle. Pasó mucho tiempo sin que nadie supiera hacia dónde había marchado el pequeño Chiquilín.

II

Chiquilín, a poco de abandonar la hacienda, había encontrado un vehículo cómodo y barato: un carro cargado de paja que iba a la ciudad. Subió

en él. Y llegó a la población grandiosa en un día que ni soñado por él: día de inauguración de circo internacional.

Cuando apenas había bajado del carro que le llevó a la ciudad y se disponía a descansar del



viaje en el descansillo de una ventana, vió pasar ante él, maravillado, el espectáculo atractivo y sugestionador de los payasos y la música y los carromatos llenos de fieras, que desfilaban por la calle como anuncio de la compañía ecuestre. Se olvidó de su equipaje—su americana que se la había quitado para ponerla a manera de almoha-

da,—se olvidó de su cansancio y siguió, con los ojos muy abiertos, a la comitiva pintoresca y extraña.

Pronto oyó decir a otras personas quién era el empresario, un señor absurdo que se llamaba Poly. Al cual siguió como sugestionado. En la puerta del circo vió que Poly hablaba con otro señor, también muy absurdo, que se llamaba Bombón y que era el concesionario de la exclusiva para la venta de caramelos y refrescos en el interior del circo. Oyó que Poly decía a Bombón:

—Parece que en esta ciudad son muy aficionados al circo. Creo que ganaremos dinero, tú con tus porquerías y yo con mis fieras inofensivas.

Estas palabras desilusionaron a Chiquilín, pero, no obstante, no acertaba a alejarse del circo. Poco después, jugando con otros muchachos, uno de ellos le dió un empujón tan fuerte, que le hizo entrar, sin él querer, por debajo de los lienzos que servían de pared en el circo. Así, pues, la primera vez que Chiquilín entró en el circo fué sin pagar la entrada.

Ya dentro, se encontró al lado del despacho del señor Bombón. En seguida, Chiquilín, ante las tortas que había sobre el mostrador, se acordó de que tenía hambre. Y la tentación de coger algo con qué alimentarse fué más fuerte que nada. Le sorprendió el dueño de las tortas. Y, sin reñirle, le preguntó:

—¿Tanta hambre tienes, muchacho?

—¡Figúrese!—contestó Chiquilín, sonriendo.—El tren en que he venido para ver el circo no traía coche restaurant y, además, he perdido las señas del hotel dónde me hospedaba.

Rió de buena gana el señor Bombón. Y luego dijo:

—Ya se ve qué no te privas de nada. Ven conmigo y hablaremos de negocios.

—¿De negocios?

—Sí. ¿Quieres quedarte conmigo mientras encuentras las señas de tu hotel? Tu misión será vender caramelos y refrescos dentro del circo.

Chiquilín se quedó mirando, como alejado, al hombre que le hablaba. El cual añadió:

—Te daré un dollar por semana, y la primera te la pago ahora mismo, anticipada.

Y puso un dollar en las manos de Chiquilín.

—¡Un dollar!—exclamó éste.—Para mí?

—Sí, para ti.

Chiquilín recordó las amarguras de su madre, teniendo que sufrir las brutalidades de su tío por carecer de dinero. Y pensando en ella... aceptó sin titubeos las proposiciones del señor Bombón. ¡Iba a poder mandar a su madre un dollar cada semana!

Noches después, explotada ya aquella ciudad, el empresario del circo ambulante determinó cambiar de público trasladándose a otra población. Y allá fué Chiquilín ocupando una posición elevada entre el elenco artístico del señor Poly. Decimos elevada, porque iba sobre el techo de uno de los grandes carrozatos, en compañía de un simpático negro, empleado del circo, con el que, en seguida, hizo Chiquilín amistad.

Tan amigos eran, que Chiquilín le dijo:

—Oye, Pancho. Tú que eres más negro que la tinta debes saber escribir, ¿verdad? Yo no sé. Mi tío no quiso que aprendiera; decía que era una cosa inútil. Pero hoy quisiera saber. Deseo enviarle una carta a mi madre. ¿Quieres tú garabatear en el papel lo que yo te vaya diciendo?

Pancho accedió gutoso a lo que Chiquilín le

pedía. Y provisto de papel, se dispuso a escribir. Chiquilín dicitó:

—Querida mamaíta...

Luego, se quedó muy pensativo y dijo a su amigo:

—Oye, Pancho. ¿No te parece que vale la pena aprender a escribir solo para hacerlo a nuestras madrecitas cuando estamos lejos de ellas?

Después de esta reflexión, prueba evidente de lo mucho que Chiquilín quería a su madre, continuó dictando la carta, que pronto estuvo dispuesta para ser enviada, lo que Chiquilín hizo en cuanto llegaron a la ciudad a la que entonces se encaminaban.

Ya en aquella ciudad, Chiquilín continuó su trabajo de vender caramelos, dentro del circo, y de quedarse en el mostrador cuando el señor Bombón tenía que dejarlo, con toda la atención de que era capaz. Claro es que también, a tiempo que vendía, gastaba él, por su cuenta, gran número de confites. No hubiera sido niño si no lo hiciera.

Un día, estando en el mostrador, el señor Bombón, que lo vigilaba, le sorprendió comiendo caramelos a más y mejor. El, al verse descubierto, echó mano de su proverbial ingenio, y dijo:

—No se enfade, señor Bombón. Estaba probando estos caramelos que me parece que están un poco apollillados.

Rió de la salida el señor Bombón, naturalmente. Luego dijo:

—No se te olvide echar gasolina al farol.

—Descuide, señor, no se me olvidará.

Después de esto, el señor Bombón se alejó y Chiquilín se quedó mirando, durante un rato, la sección de propaganda del circo, en donde estaban

«La mujer elefante», «El hombre espátula» y «Las odaliscas sicalípticas», cosas, en verdad, muy extrañas.

El señor Bombón estaba muy satisfecho de Chiquilín. Era verdad que se comía los caramelos, pero aquel hombre prudente esperaba que cuando el pequeño hubiera pasado dos o tres indigestiones dejaría de comerlos. A cambio de esto, cuidaba de su tienda de una manera envidiable.

Precisamente en aquel momento, dos chicos, algo mayores que Chiquilín, se acercaron al mostrador con visibles intenciones de llevarse algo. Pero Chiquilín, que estaba alerta, lo impidió. Los dos chicos se alejaron, pero prometiéndose vengarse de él. Pronto tuvieron ocasión de ello. Viendo que Chiquilín echaba gasolina al farol, como su principal le había ordenado, se les ocurrió una idea traviesa. La que llevaron a cabo sin tardanza. Mientras Chiquilín acababa de arreglar el farol, ellos cogieron el cacharro de la gasolina y pusieron un poco de este líquido en los vasos llenos de refresco que había preparados en el mostrador. Chiquilín, distraído con su trabajo, no se dió cuenta de nada. Poco después, regresó el señor Bombón y le envió a cambiar un dollar por calderilla. Mientras Chiquilín fué a cumplir este encargo, llegaron dos borrachos, al puesto del señor Bombón a beber un refresco. Les sirvió éste. Los borrachos, en cuanto probaron la bebida, escupieron violentos y dijeron alguna palabra inconveniente. Les contestó el señor Bombón de modo adecuado. En seguida, comenzó una batalla. Volaron los panecillos, las tortas, los vasos, usados como proyectiles, ya por los dos borrachos, ya por el señor Bombón. Al fin, los borrachos se alejaron. Y en esto, volvió Chiquilín. El cual, al verlo todo por el suelo, creyó

que el puesto y su principal se habían vuelto locos.

Por casualidad, había quedado sobre el mostrador un vaso intacto, lleno de refresco de limón. El señor Bombón se lo llevó a los labios para averiguar qué es lo que habían encontrado en la bebida los dos borrachos. Y al comprobar que los refrescos tenían gasolina, sin pedir explicaciones—que tampoco habría podido dar Chiquilín, pues que nada sabía,—se dispuso a castigar, por vez primera, a su pequeño empleado.

Y huyendo de las represalias del señor Bombón, Chiquilín, sin darse cuenta, se metió en la jaula del terrible león, cuya fieraza había hecho estremecer de espanto a todos los públicos del viejo y del nuevo continente.

Al percibirse nuestro pequeño protagonista del peligro que corría, era tarde: junto a la puerta de la jaula, aguardando que saliera, estaba el señor Bombón. Chiquilín comenzó a temblar. El señor Bombón, insensible al peligro del pobre niño, sonreía con sonrisa escalofriante.

Momentos después llegó hasta allí el señor Poly. Chiquilín se creyó salvado. Pero pronto pudo ver que también el señor Poly tomaba a chacota su terrible situación.

Y el león, en acecho, parecía próximo a lanzarse sobre su víctima inocente. El desenlace fatal se acercaba. De súbito, cuando ya Chiquilín sentía flaquear sus fuerzas, vió que el león se acercaba a la puerta de la jaula. Iba a dar un grito. Pero una voz que le era conocida, y que salía de la piel del león, dijo, dirigiéndose al señor Poly:

—Amito; llevo seis horas haciendo el león sin probar bocado.

Era el negro Pancho, que metido en una piel

de león, hacía, en el circo, el papel de esta fiera. Chiquilín pasó del terror a una hilaridad ruidosa y regocijada.

III

Pero esta hilaridad duró poco. En seguida volvió a pensar en las causas que le habían llevado allí y vió que, en la puerta de la jaula, aun le aguardaba el señor Bombón. De modo que si se disponía a salir, se encontraría, sin remedio, con él, es decir, con la verdadera fiera. No pudiendo, por otra parte, permanecer más tiempo en la jaula, con la duda de lo que podría pasarle cuando saliera, pues que era amigo y partidario de las situaciones claras, y prefería el peligro al temor del peligro, con decisión heroica, salió y se puso frente a su enemigo, que le esperaba con visibles muestras de castigarle. Y, en efecto, en cuanto Chiquilín estuvo a su alcance lo cogió con sus manazas y se preparó para darle algunos, muchos azotes... Pero, por fortuna para Chiquilín, en el momento que el señor Bombón iba a emprender la azotaina, acertó a pasar por junto a ellos uno de los payasos del circo, hombre ya de edad, amante hasta un grado extremo de las criaturas. Viendo lo que iba a ocurrir, cogió por un brazo al patrón de nuestro héroe y le dijo:

—Perdone, amigo Bombón. Yo no puedo ver que peguen a un niño.

Chiquilín aprovechó aquella ocasión para escapar nuevamente, mientras el payaso seguía hablando con el señor Bombón.

A poco de haberse retirado de ellos, encontró a una muchacha, aproximadamente de su misma edad, a la que no conocía, aunque también formaba parte de la compañía de circo, una parte relevante, pues era el número más aplaudido y emocionante de todos. Chiquilín simpatizó con ella en seguida, y hasta se olvidó del peligro debido al cual había huído. Y emprendió con la muchacha una conversación amistosa y salpicada de frases pintorescas. De súbito, viendo venir hacia ellos al payaso, preguntó:

—Oye, ¿conoces tú a aquel viejecito tan simpático?

—Sí. Es mi abuelito: el payaso Pietro. Trabajamos los dos en el circo.

—¿Tú también trabajas?

—Sí. Hago ejercicios sobre un caballo sin montura ni bridadas.

—¿Y no te da miedo?

—No. Ya estoy acostumbrada. Nunca me pasa nada.

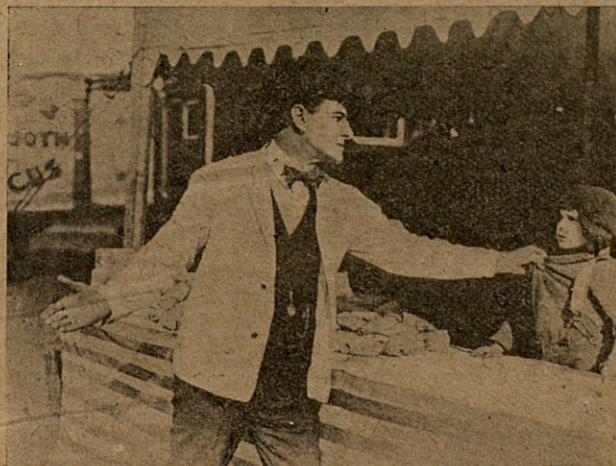
Chiquilín quedó encantado de su amiguita, de la que se despidió con palabras amables y henchidas de cordialidad.

Entretanto, su madre, que no tenía noticias de él, sufría horrorosamente, si bien no había perdido aún la esperanza de que Chiquilín le comunicara, de un modo u otro, cuál era su paradero.

Hacía bien, aquella madre infeliz, con no perder la esperanza. Aquel mismo día, precisamente, cuando se hallaba triste pensando en su hijo, llegó el cartero y le entregó una carta. Era de Chiquilín. Era la carta que Chiquilín, sobre la cubierta de un carro, hizo escribir al negro Pancho.

La madre abrió la carta con un temblor emocionado. Miró el encabezamiento, que decía: «Que-

rida mamaíta...» Miró el final, que acababa: «Tu hijo que no te olvida, Chiquilín.» Rió, lloró, se apenó, se puso contenta; no sabía qué hacer. Al desdoblar la carta, cayeron al suelo unos dólares que su hijo le enviaba. Los recogió temblorosa. Los besó. Besó toda la carta, línea por línea. Luego, la leyó, una y otra vez. Decía, aparte del principio y del final:



«No te inquietes. Estoy bueno y trabajando.

«Creo que si el negocio marcha bien, pronto podré ir a recogerte.

«Formo parte del Circo Internacional y gano nada menos que un dollar cada semana. En cuanto cobre, y luego, cuando gane más, te enviaré todo el dinero para que te compres muchas cosas y te pongas guapa.»

Chiquilín no podía imaginarse el mucho bien

que había hecho a su madre con aquella cariñosa misiva. ¡Bien merecida tenía la pobre aquella felicidad!

Pensando en ella estaba nuestro protagonista, detrás del mostrador del señor Bombón, poco después, pues ya le había pasado a éste su malhumor, cuando se acercó, para tomar alguna cosa, su pequeña amiguita, la nieta del payaso.

Chiquilín la sirvió con atención reverente. Y, no obstante ser un excelente comerciante, también sabía ser galante con las damas, y más aun si éstas eran amigas suyas, como la pequeña. Así, cuando la muchacha se dispuso a pagar, Chiquilín le dijo:

—En mi establecimiento no se les cobra a las niñas bonitas.

El señor Bombón, que presenciaba la escena y que oyó las palabras de Chiquilín, en cuanto la muchacha se hubo alejado, se acercó a su dependiente y le dijo:

—Cuando quieras convidar a tu novia, te rascas el bolsillo. Eres más fresco que los barquillos de mantecado.

Chiquilín no contestó. Pero con una dignidad que para sí quisieran muchos hombres, puso el importe de lo que su amiga había consumido, de sus bienes particulares, en el cajón.

Pasó algún tiempo. En la hacienda, la madre de Chiquilín continuaba siendo víctima de las brutalidades de su cuñado, el cual, con una frecuencia desesperante, solía decir:

—Es preciso que trabajes si quieres seguir comiendo el pan en esta casa.

El Círco Internacional, en su existencia ambulante, llegó a establecerse en la mejor ciudad del territorio. Y el día del debut, el señor Bombón, que se prometía un buen negocio, entregó a Chiquilín

un aparato lleno de helados y barquillos para que fuese a venderlos entre el público.

—No vuelvas—le dijo—mientras no los hayas vendido todos.

Partió Chiquilín a cumplir con su deber. Pero en el momento de entrar en el recinto donde los artistas trabajaban, oyó que el avisador decía:

—El respetable público va a tener el gusto de admirar a la pequeña Babette, la mejor *écuyere* del mundo.

Chiquilín dejó de gritar «Helados más fríos que la nieve»; «¿No hay quién quiera refrescarse?», para poner toda su atención en el trabajo de su amiguita, pues era la primera vez que la iba a ver trabajar. Se apartó a un lado donde no había mucho público, para ver desde allí, bien, lo que su amiga hacía. Naturalmente, se admiró. También el público se había admirado y aplaudía con entusiasmo a la pequeña.

Con el tiempo transcurrido entre el trabajo de la muchacha y las muchas veces que tuvo que salir a recibir los aplausos de la concurrencia, los helados de Chiquilín se pusieron en bastante mal estado. Y, por ello, nadie le compraba. No vendió ni uno solo.

En vista de su fracaso con el público, Chiquilín quiso probar fortuna con los artistas y entró en el lugar que éstos estaban. Pero tampoco le compraban. Por suerte para él, lo vió el abuelo de su amiguita, el payaso Pietro, que, viendo el mal estado de los helados y, suponiendo lo que había pasado, creyó seguro que Chiquilín no logaría vender nada, con lo cual, sin duda, se ganaría algún castigo de su patrón. Todo esto pasó por la mente del viejo de un modo rápido. Llamó, pues, a Chiquilín y le dijo:

—Me quedo con todas las existencias y espero, más adelante, hacer algo por ti.

Chiquilín no sabía qué hacer. Besó las manos a Prieto. Y, poco después, cuando llevaba el dinero al señor Bombón, iba pensando: «¿Cómo es posible que mi tío, siendo mi tío, fuera tan malo para mí, y este hombre, que no me conoce, sea tan bueno para conmigo?»

IV

Gracias a los envíos semanales de su hijo, la madre de Chiquilín pudo adecentarse un poco de ropa, con gran asombro de sus conciudadanos. Y cuando le preguntaban algo, lo cual era frecuente, contestaba con orgullo:

—Chiquilín gana un gran sueldo y, como consecuencia, yo puedo costearme estos lujos.

Su hermana y su cuñado empezaban a sentir envidia de ella, que tenía en el mundo quien la quisiera, en tanto que a ellos, seguramente, no les quería nadie.

Por entonces, el circo ambulante volvió a ponerse en camino. Chiquilín no viajaba ya en lo alto del coche; gozaba de más consideración y hacía el viaje en el pescante, al lado del cochero.

Yendo de caminío, se hizo de noche. Y, en el cielo, unas nubes negras amenazaban tempestad.

En un descanso, el payaso Pietro salió del interior del coche y, acercándose a Chiquilín, le dijo:

—Vete adentro, pequeño, a mi sitio, al lado de mi nieta. Yo haré el viaje aquí. Me parece que va a haber tormenta y es mejor que cambiemos.

Chiquilín, no tanto por temor a la tormenta como por ir junto a su amiguita, obedeció sin decir ni una palabra. Y poco después, cuando ya el coche caminaba otra vez, habían empezado a oírse truenos lejanos, Chiquilín dijo a su amiga:

—No hay duda de que tu abuelo es un hombre de talento. Me dijo que me metiera aquí pocos momentos antes de estallar la tempestad.

La furiosa tempestad, cada vez más fragorosa, se acercaba al lugar por donde caminaban. De súbito, un relámpago cegador y un trueno horribilis llenaron de terror a los dos pequeños y también a todos sus compañeros de viaje. La pequeña afirmó:

—Yo no temo nada por mí, sino por esta pobre criatura que llevo en mis brazos.

Y mostró a su amigo una pequeña y linda muñeca. Chiquilín, no obstante su terror, sonrió. Y dijo:

—Si estuviera aquí mi madre, ella que es tan buena, cuidaría de tu muñeca. De todas maneras, no pases cuidado, yo velaré por su vida y por la tuya.

Dió las gracias ella, con una sonrisa infantil e ingenua. La tormenta era cada vez más espantosa. Y al estallar un trueno, mayor de cuantos hasta entonces se habían oído, los caballos se espantaron. Y poco después, con el fulgor de los relámpagos, seguían su furiosa, desatada y trágica carrera. Dentro de aquel coche y de todos los demás, reinaba el terror. La catástrofe era inevitable. En efecto, al pasar un recodo de la carretera, el coche donde iban los pequeños volcó. Como era el que iba delante, se evitó que volcaran los demás. Por fortuna, como todos los pasajeros iban preparados, no ocurrieron grandes desgracias. Pudieron prevenir el golpe.

Ya volcado el coche, el primero en salir de él, por una ventanilla, fué Chiquilín, llevando en sus brazos a su amiguita. La dejó en el suelo, con cuidado, y volvió a entrar en el coche, del que salió pronto con la muñeca, con la que corrió al lado de su amiga, a la que dijo:

—Aquí tienes tu muñeca, Babette. ¡Chiquilín cumple siempre su palabra!

No obstante el trágico accidente, ya lo hemos dicho, no ocurrió ninguna desgracia, y días después, la compañía debutaba, con probabilidades de éxito rotundo, en una población importante.

Pero a la hora de comenzar el espectáculo, Babette, que era el número más atractivo, resbaló cuando se dirigía a vestirse para su trabajo y se torció un pie.

Chiquilín, que supo en seguida el percance de su amiga, corrió a informarse personalmente. Pero no le dejaron entrar en la estancia en que estaba la enferma, con el médico que había sido llamado urgentemente. Se escondió, pues, entre las cortinas deseoso de saber lo que había ocurrido a la pequeña, y de si era grave su dolencia.

El médico dijo:

—La cosa no tiene importancia. Pero es preciso que esta muchacha no se mueva de la cama en un par de días.

Se despidió el médico. En la estancia vecina, es decir, en la que estaba oculto Chiquilín, se encontró con el empresario, que llegaba y que le preguntó:

—;Es cosa grave?

—No. Pero no hay que pensar que esa muchacha trabaje esta noche.

—No es posible prescindir de su número, que es el más aplaudido.

—Tendrá que prescindir. Aunque sólo se trata de una insignificante torcedura de un pie, la enfermita necesita por lo menos dos días de reposo.

El empresario no quiso discutir más con el médico. Se despidió de él y entró en donde estaba Babette con su abuelo. Una vez allí, dijo:

—El médico me ha dicho que la cosa no tiene importancia. La niña, pues, trabajará aunque sea preciso utilizar el aparato de suspensión.

—A mí—dijo el payaso—me ha asegurado el doctor que no debe trabajar.

—Ya digo que pondremos el aparato de suspensión—repuso el empresario.—O ella trabaja esta noche, o ambos quedáis despedidos. ¡Elegid!

Y dicho esto, en verdad de gran fuerza, y también de gran crueldad, salió, para no dar lugar a nuevas disculpas.

Chiquilín, que lo había oído todo, concibió una idea salvadora y se apresuró a entrar en la estancia y a proponérsela al abuelo de Babette.

—Subiré yo, vestido como ella, en el caballo—dijo Chiquilín, que ésta era su idea.

—Imposible—contestó Pietro.—Te matarías.

—Haremos uso de este aparato de que ha hablado el empresario.

—No y no. No quiero ser responsable del mal que te pudieras ocasionar.

—Hágalo por ella, señor—rogó Chiquilín.—Yo la prometo que no quedarán descontentos de mí.

El viejo callaba, meditando.

—Además—agregó Chiquilín,—no sería la primera vez que yo haga esta clase de ejercicios. Allá, en mi pueblo, una vez monté sobre una vaca, cosa harto difícil.

Y como el payaso siguiera negando su conformidad, nuestro protagonista añadió:

—Piense que ella y usted quedarán despedidos si Babette no se presenta en la pista a la hora anunciada.

Este argumento hizo su efecto. Se pusieron, sin tardanza, de acuerdo. Y el viejo, conmovido, puso a Chiquilín las ropas de su nieta.

Poco después, terminado ya el divertido número de los payasos, el anunciador gritó a los concurrentes:

—Ahora podrá admirar el respetable público el arriesgado trabajo de la pequeña Babette, la mejor écuyere del mundo. Por un accidente que ha sufrido hoy mismo, se hace uso de un aparato de suspensión, pero cuando esté buena, el público la verá sin ninguna medida de seguridad que, ciertamente, no necesita.

Y apareció en la pista Chiquilín, transformado en una niña. Tan bien caracterizado estaba, que nadie hubiese sospechado que era él y no la pequeña.

—Pietro, al subirle al caballo, le dijo:

—No tengas miedo. Con el aparato de suspensión no hay manera de que te rompas las narices.

Comenzó la carrera del caballo. Y a medida que el galope aumentaba, Chiquilín se daba cuenta de que se le iba acabando el caballo. En efecto, pronto estuvo montado sobre las orejas del cuadrúpedo. Y un momento después, el caballo había desaparecido de entre sus piernas y él se quedó en el aire, volando como un insecto.

Sonó un aplauso unánime del público, regocijado al ver cómo la maravillosa écuyere, despreciando la cabalgadura, continuaba, por su cuenta en el espacio.

Y como durante la duración del número, Chiquilín estuvo muchas veces sobre los lomos del ca-

ballo y otras tantas en el aire, los aplausos continuaban ensordecedores. Así, aquel trabajo, que era el más serio del circo, resultó el más cómico, y el que más celebró la concurrencia. Terminado, Chiquilín hubo de salir a la pista, infinidad de veces, a recibir los aplausos entusiastas, generales y unánimes de todo el público. La última vez que salió, al hacer una reverencia exagerada, estuvo a punto de echar por tierra su peluca. Fué en aquel momento cuando, por primera vez, se fijó en él, detenidamente, el empresario.

V

Cuando se hallaban, instantes más tarde, en la estancia de Babette, celebrando el ruidoso éxito de Chiquilín, éste, la muchacha y Pietro, que aseguraba que nunca había oído aplausos iguales, llegó hasta allí el empresario, que preguntó:

—¿Quién es ese mamarracho que ha substituído a la pequeña?

Chiquilín, adelantándose, contestó:

—Le ruego que a un artista como yo, de mi categoría, no le bautice con nombres feos. Yo me llamo Chiquilín y no mamarracho.

—Pero no eres tú el dependiente del señor Bambón?

—El mismo, señor—contestó Pietro.—El que vendía los barquillos de mantecado.

—Estoy dispuesto—dijo el empresario, muy formalmente a Chiquilín—a contratarte si prometes seguir trabajando con el mismo éxito que hoy.

—Puedo hacer todos los días ese mismo trabajo.

—Pues bien. Te daré setenta y cinco dólares por semana. Y si fumas, el tabaco aparte.

—¿Setenta y cinco dólares? —preguntó Chiquilín, acordándose de su madre.

—Sí. Setenta y cinco dólares! —contestó el empresario. Y añadió, dirigiéndose al payaso:

—En cuanto a vosotros, podéis liar el petate e iros a otra parte a hacer payasadas. Os despidio.

Chiquilín intervino. Y dijo:

—Si ellos se van, cojo la cesta de los barquillos y no vuelvo a montar a caballo ni sobre una escoba.

—Pero...

—Nada. Lo dicho. Ellos y yo, o ninguno.

—Bueno. Aceptado.

En esto, llegó el señor Bombón, buscando a su dependiente. Al entrar, como Chiquilín llevaba aún el traje de Babette, no le reconoció. Preguntó:

—¿Han visto ustedes por aquí al granuja de mi dependiente?

Rieron todos y el señor Bombón reconoció entonces a nuestro protagonista. Entonces dijo:

—¿Qué facha es esa?

—El traje que corresponde a un artista famoso—repuso Chiquilín.

—¿Cómo?

—Chiquilín tiene razón—dijo el empresario.—Desde hoy es el número más atrayente del programa. ¡Setenta y cinco dólares por semana!

—¡Ya le había dicho yo! —dijo el señor Bombón—que este chico era una maravilla!

—Agradecido a sus elogios—le dijo Chiquilín.

—Pero más agradecido si me paga el sueldo de la última semana.

El señor Bombón, refunfuñando, le dió el do-

llar que Chiquilín reclamaba. ¡Lo pedía para su madre!

Mientras tanto, en la hacienda, las crecientes brutalidades de su cuñado, habían determinado a la madre de Chiquilín a separarse definitivamente de su hermana.

El día que se decidió a llevar a cabo este propósito, poco después de lo que acabamos de relatar, cuando ya lo tenía todo preparado y se disponía a despedirse, se abrió la puerta y vió entrar a su hijo, con el mismo traje con que había salido de la casa tiempo atrás, aunque mucho más estropeado.

—¡Buenos días, mamaíta! —dijo Chiquilín, al entrar.

Se abrazaron. Empezaba a obscurecer. La madre dijo a su cuñado:

—Permitid que nos quedemos aquí hasta mañana. ¿Dónde iré, si no, a estas horas con mi hijo?

Ni su hermana ni su cuñado le contestaron, prueba evidente de que no les agradaba aquella petición.

Chiquilín, sin decir nada, salió a la calle y volvió, un momento después, completamente transformado, con un traje nuevo, con unos zapatos nuevos. Había querido, en unos instantes, dar pruebas de su cambio desde que se había marchado. Entró, como se había ido, volvió a entrar con el orgullo de su nueva posición, conquistada por su voluntad despierta.

Sus tíos se lo quedaron mirando asombrados, con visibles muestras de envidia. Su madre no cabía en sí de contenta. Chiquilín volvió a abrazarla a tiempo que, mirándola fijamente, echó mano de un envoltorio que llevaba en una mano, y que había dejado sobre una silla para abrazarla, del que extrajo un magnífico sombrero de señora. Le quitó

a su madre el que llevaba puesto, ya muy estropeado, y lo arrojó al suelo. Luego le puso el que él traía. Bello regalo. Aquella mujer parecía otra. Chiquilín, mirándola, exclamó:

—¿Sabes que estás guapísima, mamaíta? De lo cual me alegro mucho, porque dicen que yo me parezco mucho a ti.

Con todo esto, creció la envidia de los tíos de Chiquilín que, de asombrados, no acertaban a decir palabra.

Mas aun les reservaba su sobrino el golpe definitivo.

Como indiferentemente, Chiquilín sacó un fajo de billetes, apartó gran número de ellos, sin contarlos, y, entregándolos a su tío, dijo:

—Esto es para resarcirle de la comida mía y de mi madre, y de los platos rotos.

Con tanta dignidad dijo Chiquilín estas palabras, que sus tíos se avergonzaron profundamente de su conducta pasada. Y él, devolviendo los billetes, dijo:

—Me has dado una lección, sobrinito, que no olvidaré nunca. Guárdate tu dinero y perdónanos cuantos azotes te dimos.

—La verdad, como gano mucho, no necesito esos billetes. Podéis quedároslos. Sin duda, a vosotros os harán más falta.

—No, de ningún modo—repuso su tío.

Poco después, añadió:

—La verdad es que siempre he creído que eras un muchacho de provecho, aunque algo rebelde.

Chiquilín no creyó oportuno contestar a esta observación. ¿Para qué? Su tío no le había comprendido nunca. Eran dos seres de temperamento muy distinto.

—Bueno—dijo Chiquilín con deseos de despedirse.—Vámonos, mamá.

—¿A estas horas?

—Permítenos, sobrino—dijo León,— que te ofrezcamos nuestra casa por esta noche. Mañana os marcharéis.

Chiquilín pensaba: «Hace un momento, cuando mi madre les pidió eso mismo, ni siquiera le contestaron. ¡Ahora lo ofrecen! Sin embargo, somos los mismos. Pero entonces, yo tenía todavía un traje roto y ahora llevo puesto uno nuevo. ¿Hipopresía? ¿Influencia de mi dinero? ¿Verdadero arrepentimiento, sentido desde eso que mi tío ha llamado una lección? No sé. De todos modos, ¿qué diferencia con el payaso Pietro! Este me quiso desde el primer día, sin saber ni siquiera quién era ni cómo me llamaba.»

Luégo de pensar esto, añadió en voz alta:

—Agradecido a vuestras atenciones. Pero no puedo quedarme. Hemos de marchar ahora mismo. Mi trabajo me reclama. He venido, en unas horas libres, a recoger a mi madre.

Y antes de que sus tíos preguntaran cómo iban a realizar el viaje, Chiquilín abrió de par en par la puerta, buscando un efecto preparado. Es decir: la admiración de mamaíta y de sus tíos, que si ya era grande por cuanto habían visto, él quería que fuese más completa. Y lo fué, en efecto. Al otro lado de la verja del jardín de la hacienda esperaba un automóvil, en el que estaban el payaso Pietro y Babette.

—Haremos el viaje en auto—dijo Chiquilín, al abrir la puerta.

Sus tíos, como él esperaba, abrieron la boca como alelados. Su madre también se quedó muy sorprendida.

Al verlos, así lo habían convenido, Pietro y Babette bajaron del auto para saludar a la madre de Chiquilín, lo qué hicieron con verdadero cariño.

En seguida, se despidieron de los dueños de la hacienda. Ya estaban en el auto Pietro, su nieta y la madre de nuestro protagonista. Chiquilín, en la puerta, decía las últimas palabras a sus tíos. De súbito, vió en el suelo la herradura que tuvo en sus manos el día de su huída, con la que hubo de romper un cristal, causa de su definitiva escapatoria. La cogió y dijo:

—Esta herradura me trajo la buena suerte.

Y como niño qué era, pensó hacer la última diablura a su tío.

—Haga lo que yo—le dijo.—Tírela de este modo—y le indicó cómo él la había tirado.—Puede que le suceda lo mismo que a mí.

Su tío, avaro y envidioso, tiró la herradura. Rompió, claro es, el cristal. Chiquilín, que ya había subido al auto y empuñaba el volante, rió con toda su alma.

Y mientras León le enseñaba los puños por aquella juguete, él lanzó a toda velocidad el auto, camino hacia la gloria que le aguardaba.

FIN

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

(FOTOGRAFÍAS)

AGNES AIRES	PAULINA FREDÉRICK
ARBUCKLE ROSCOE (Fatty)	ELIONOR FAIR
MARY ANDERSON	ELSIE FERGUSSON
ART ACORD	ALEG B. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANCINI	MAUDE GEORGE
FRANCESCA BERTINI	JAQUELINE GODSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
ENNID BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHAR BARTELMES	CAROL HOLLOWAY
GEORGES BISOT	SESSUE HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HIERS
MARGARITA CLARCK	HELEN HOLMES
JAWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CAREY (Cayena)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICE	GARET HUGES
JANE COLW	JACK HOXIE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARCYA CAPRI	ALICE JOYCE
IRENE CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	ROMOUALD JOUBÉ
CHARLES CHAPLIN (Charlot), pa- sano	MARIA JACOBINI
LON CHANEY	MADGE KENNEDY
ELENA CHADWICH	BUSTER KEATON (Pamplinas)
LUCY DORRAINE	DORIS KENYON
BEBE DANIELS (Ella)	MOLLIE KING
DOROTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DARLY	TIILDE KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KERRY
KATERINE MAC DONALD	DIANA KARRENE
WILLIAM DUNCAN	NATALIA KOWANEKO
CAROL DEMSTER	CLARA KIMBALL
RACHEL DAVYRIS	LOISE LOVELY
PRISCILLA DEAN	BERT LITELL
REGINALD DEMI	ELMO K. LINCOLN
WILLIE DQVE	BESSIE LOVE
XENIA DESNI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VITORIA LEPANTO
MIS DU-PON	MITCHEL LEWIS
MAXIME ELLIOT	HAROLD LLOYD (El)
MARGARITE FISHER	MARGARET LIVINGSTONE
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	LUISA LORRAINE
WILLIAM FARNUM	ANNA LITTLE
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAX LINDER
GERALDINA FARRAR	MAE MURRAY
	BLANCHE MONTEL

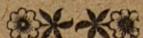
MACISTE
GINETE MADDIE
THOMAS MEIGHAM
ANTONIO MORENO
LYA MARA
JACK MULHALL
TOM MOORE
M. MATHE
TOM MIX
SHIRLEY MASON
GASTON MITCHEL
MAE MARSH
MARY MILES MINTER
MARGARET MARSH
SANDRA MILONAVOFF
CHARLES MACK
FRANK MAYO
POLA NEGRI
ALLA NAZIMOVA
RENEE NAVARRE
MABEL NORMAND
ANA Q. NILSON
SENA OWEN
MARIA OSBORNE
LIVIO PAVANELLI
DORIS PAWN
EILEN PERCY
JACK PICKFORD
EDDIE POLO
BABY PAGE
MARY PICKFORD
MARY PHILBIN
MARIE PREVOST
JEAN PAGE
ENNY PORTEN

PRINCE (Salustiano)
HOUSE PETERS
WILL ROGERS
WILLIAM RUSSELL
WALLACE REID
CAMILO DE RISO
HEBERT RAWLINSON
RUTH ROLAND
CHARLES RAY
JOE RYAN
FRITZI RETGEWAY
MARCELLE ROLLET
M. RINSCKI
PATSI RUTH MILLER
PAULINE STARK
GUSTAVO SERENA
LARRY SEMON
GLORIA SWANSON
ANITA STEWAR
CLARISE SELWYENE
MADLAINE TRAVERSE
OLIVE THOMAS
NORMA TALMADGE
CONSTANCE TALMADGE
ALICE TERRY
VERA VERGANI
VIRGINIA VALLI
RODOLFO VALENTINO
FANNIE WARD
PEARL WHITE
GEORGE WALSH
MARIE WALCAMP
BEN WILSON
GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento desuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro
Postal a **Publicaciones Mundial**.—Apartado 925, Barcelona.



Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del hueco-grabado. — Precio, 20 céntimos.

CINE POPULAR no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

CINE POPULAR reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadrable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundial»,
Barbará, 15. Apartado Correos 925. Barcelona